

Olivares y los Jesuitas

Esther Jiménez Pablo
(IULCE-UAM)

Durante la primera mitad del reinado de Felipe IV, la Compañía de Jesús jugó un papel crucial tanto a nivel espiritual como político en la corte madrileña, toda vez que los jesuitas se habían convertido en los principales confesores de la nobleza cortesana¹. En este sentido destacaban importantes jesuitas que se ganaron la confianza de los miembros de la familia real como el P. Jerónimo Florencia, rector del Colegio Imperial, que ejercía además de predicador real y confesor de los infantes don Carlos y don Fernando, hermanos del monarca²; el P. Ambrosio de Peñalosa, predicador de la reina doña María de Hungría, hermana de Felipe IV³; el P. Pedro de Bivero, confesor de la archiduquesa Isabel Clara Eugenia, gobernadora de Flandes⁴. Asimismo, en la corte de Felipe IV muchos jesuitas pasaron a ser confesores de los principales ministros del rey, como fue el caso del propio Conde Duque de Olivares. Por ello, es preciso un análisis más profundo de la trayectoria de dos jesuitas, los padres Fernando de Salazar y Francisco Aguado, por su importante papel en la política de la Monarquía, dado que ambos fueron confesores del valido del Rey, don Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares.

El primero de ellos, el P. Fernando Chirino de Salazar, se convirtió en confesor de Olivares en 1622, y poco después, también fue nombrado predicador real. Su cercanía al Conde-Duque le permitió asistir a las principales juntas de gobierno y su opinión siempre tuvo un peso considerable en las decisiones políticas del valido⁵. No obstante, es preciso destacar que en Roma no se tenía una buena opinión del confesor. La documentación del ARSI permite afirmar la poca cercanía de trato que mantenía el general Vitelleschi

¹ Para analizar la política de los confesores y predicadores jesuitas en la corte de Felipe IV véanse los estudios de J. J. Lozano Navarro, *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*. Madrid, Cátedra, 2005, pp. 187-295; F. Negredo del Cerro, *Los Predicadores de Felipe IV. Corte, intrigas y religión en la España del Siglo de Oro*. Madrid, Actas, 2006, pp. 80-140.

² Q. Aldea Vaquero S.I., *El cardenal infante don Fernando o la formación de un príncipe de España*. Madrid, Real Academia de la Historia, 1997, p. 50; Para la biografía del P. Florencia, F. Herrero Salgado, *La oratoria sagrada en los siglos XVI y XVII*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 2001, III, pp. 441-472, J. Garau, "Notas para una biografía del predicador real Jerónimo de Florencia (1565-1633)", *Revista de Literatura* 68 (enero-junio 2006), pp. 101-122;

³ F. Negredo del Cerro, *Los predicadores de Felipe IV. Corte, intrigas y religión en la España del Siglo de Oro*. Madrid, Actas Editorial, 2006, p. 454.

⁴ Informa el P. Sebastián González al P. Rafael Pereyra. Madrid, 3 de mayo de 1644. En P. de Gayangos y Arce, "Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la Monarquía entre los años de 1634 y 1648", en *Memorial Histórico Español: colección de documentos, opúsculos y antigüedades, que publica La Real Academia de la Historia*. Madrid, Imprenta Nacional, 1863, XVII, p. 467; Sobre Vivero en J. J. Navarro Lozano, "La Compañía de Jesús en el Flandes de los Archiduques. La labor del padre Pedro de Bivero junto al poder", *Archivo teológico granadino* 67 (2004), pp. 93-109; ID., *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*. Madrid, cátedra, 2005, pp. 216-225.

⁵ A este respecto consultar el apartado dedicado al P. Salazar en F. Negredo del Cerro, *op. cit.*, pp. 117-140.

con el P. Salazar, y el constante control que el General quería ejercer sobre él a través de los provinciales y otros superiores de la Orden⁶. Al General le molestaba la intromisión tan directa del P. Salazar en los asuntos seculares de la Monarquía, que podría reportar críticas a la Compañía aunque, por otra parte, Vitelleschi no se atrevió a reprender directamente al P. Salazar para no enojar al Conde-Duque.

No obstante, existe una cuestión más trascendental e importante que explicaría la postura reticente de Vitelleschi al confesionario del P. Salazar. Este jesuita acudía a numerosas juntas en relación al aumento de la hacienda y de recursos económicos para mantener el poderío universal de una Monarquía Católica que Roma no veía con buenos ojos. El general de la Orden –y en definitiva el conjunto de la Compañía– mantenía una relación estrecha con el Pontífice, de forma que la implicación de Salazar en la política ofensiva de Olivares era criticada desde la curia jesuítica.

El segundo confesor del Conde Duque fue de nuevo un jesuita, el P. Francisco Aguado. En ningún momento, tal y como informaba el nuncio, Olivares dudó en poner su conciencia en manos de otro jesuita, a pesar de los problemas surgidos entre Roma y el P. Salazar. Y es que Olivares siempre fue protector de la Compañía. No solo él, sino también su padre, don Enrique de Guzmán, quien apoyó a la Orden cuando había sido embajador en Roma o virrey de Nápoles. También la madre de Olivares tuvo por confesor a un jesuita, el P. Juan de Cetina, y su tía, hermana de don Enrique, doña Ana Félix de Guzmán, marquesa de Camarasa, también se confesaba con jesuitas como el P. La Puente, mostrándose siempre como una de las principales benefactoras de la Compañía llegando a fundar dos colegios y, poco después, el noviciado de Madrid (1602)⁷.

Durante doce años el P. Aguado confesó al Conde-Duque, hasta que el valido cayó en desgracia. En ese tiempo, el P. Aguado también se ganó la confianza de Felipe IV, y el monarca *“quiso valerse de su consejo en una de las cosas mas importantes que penden de su cuidado, que es la provisión de los obispados, no solo de estos reinos, sino de todos los sujetos a su corona, Italia, Portugal, y las indias orientales y occidentales, remitiéndole todas las consultas, mandándole que dicesse su parecer en ellas, declarando a quien tenia por mas digno de la mitra que se consultaba”*. Pero además, el monarca *“deseando dar algún premio a sus meritos, le hizo su predicador, para que*

⁶ ARSI, *Hisp.* 82. Del General Vitelleschi al P. Rodrigo Niño, rector de Madrid. Madrid, 6 de diciembre de 1627. *“El coloquio al Señor Conde de Olivares ha sido muy a propósito y no menos lo que de resultado V. R. dijo al P. Salazar porque ese es mi sentir, y agradezco mucho al S. Conde que haya venido por bien que el Padre (Salazar) no se halle en esas juntas, y al mismo provincial que tenga gusto en huir de ellas, y que de hecho las huya, y holgaré muy mucho que el uno y el otro sepan este mi sentir, y el Padre (Salazar) con el consuelo que tendría viéndole ajustado a la comunidad”*.

⁷ C. M. Abad S.I., *Vida y escritos del V. P. Luis de la Puente de la Compañía de Jesús (1554-1624)*. Santander, Universidad Pontificia Comillas, 1957, pp. 266-268; G. Marañón, *El Conde-Duque de Olivares. La pasión de mandar*. (2ª edición de la biografía del Conde-Duque). Madrid, Espasa, 2006, p. 238; J. Martínez de la Escalera S.J., “Mujeres Jesuíticas y Mujeres Jesuitas” en *A Companhia de Jesús na Península Ibérica nos secs. XV e XVI*. Oporto, Centro Inter-Universitário de História da Espiritualidade, 2004, p. 382.

*tuviesses mas entrada en su palacio y en publico y en secreto le avisasse lo que convenia para su alma y para el buen gobierno de sus reinos*⁸.

Si bien es cierto que el P. Aguado nunca buscó recursos económicos para continuar las guerras en las que se encontraba inmersa la Monarquía, sí que tuvo un papel fundamental en otro sentido; apoyó la nueva ideología que Roma quería imponer en la corte madrileña y que favorecía la sumisión de la Monarquía Católica de Felipe IV a los intereses de la Iglesia. Se trataba entonces de fomentar las virtudes cristianas del monarca, radicalizar su espiritualidad y exaltar al máximo la idea de la piedad de la Casa de Austria. De esta forma, el P. Aguado se convirtió en agente del General de la Orden y del propio pontífice Urbano VIII, siguiendo su influencia en la corte madrileña tras la caída de Olivares. Con esta nueva ideología religiosa impuesta en la corte –potenciada por muchos otros jesuitas como Gracián o Nieremberg–, la Monarquía acababa con la imagen agresiva y conquistadora del siglo anterior, para dar paso a una Monarquía piadosa que debía buscar la paz siguiendo las directrices de Roma.

⁸ Alonso de Andrade S.I., *Vida del venerable padre Francisco Aguado*. 1658, pp. 275-277. BIHSI, Fondo Antico, 16. A.